

Tiziana Plebani, *Il «genere dei libri». Storie e rappresentazioni della lettura al femminile e al maschile tra Medioevo e età moderna*. Milano: Franco Angeli, 2001. 227 págs. 36€.

“Cada escritura nace de un deseo, de una pasión ..., los libros, que parecen objetos inanimados, ocultan mucho más que ideas”. Comparto estas palabras de Tiziana Plebani, su libro, sin duda, es fruto del deseo de aunar la historia erudita del libro con la atención a lo particular, a lo cotidiano, y con la voluntad de dar espacio a los cuerpos de las mujeres y de los hombres en la historia de lo escrito en la Europa Mediterránea, especialmente en Italia, y es un deseo hecho realidad.

En la historiografía de la escritura y de lo escrito, es decir en la bibliografía que se ocupa de historia de la cultura escrita en Occidente predomina aún en la mayoría de países europeos la corriente más erudita, si bien en los últimos quince años han visto la luz estudios que se inspiran en enfoques teóricos diversos, en la historiografía de la cultura, en la de la historia social, en la de la microhistoria y en la de otras perspectivas historiográficas, pero no se había abierto apenas camino, hasta hace muy poco, la historiografía de las mujeres en el campo de la historia de la escritura y del libro.

Tiziana Plebani constata que en la mayor parte de los estudios sobre historia del libro no se contempla la dimensión sexuada y corpórea de las criaturas humanas y los cambios que la diferencia sexual aporta a lo largo de la historia. En la mayoría de trabajos sobre el

libro y, en general, sobre cultura escrita, las mujeres no están, o si están, comparecen como si fuesen hombres, y los hombres aparecen desencarnados del propio sexo, de las relaciones con lo otro, e incluso de las relaciones familiares, como si todo fuese un poco irreal. Una buena parte de los trabajos sobre cultura escrita aún continúan hablando de la cultura como de una “dimensión asexuada e incorpórea”. La historia de la cultura, como cualquier otro campo de la historia, se ha construido, hasta la revisión aportada por los estudios de las mujeres y por los estudios de la diferencia sexual, sobre la base de un hipotético sujeto universal y neutro. Hecho que, como bien sabemos, es falso, porque el mundo y la historia y, por tanto, la historia de la cultura escrita son dimensiones humanas sexuadas, en femenino y en masculino.

Ha sido —y hace todavía pocos años de ello— desde el campo de estudio de la historia de la lectura donde primero se han dejado entrever cuerpos y sujetos plurales. Diferenciados, predominantemente, por edad, condición social y cultural y menos por razón de sexo, pero han comparecido en los estudios de historia de la lectura y escritura las mujeres, las niñas, niños, artesanas y artesanos, mercaderas y mercaderes, empresarias y empresarios, etc., que antes eran ignoradas e ignorados. Se promovió un encuentro del mundo del texto con el mundo de la lectora y del lector, encuentro que se buscó incluso a través de la individualización de las prácticas que se encarnan en gestos, espacios y hábitos y que ponen en el centro la corporeidad del acto (de la lectura o/y de la escritura).

Si bien la historiografía tradicional que se dedica al estudio de la historia del libro no se ha sustraído al proceso general de ocultamiento y con frecuencia ha hecho del libro un objeto ideado, compuesto y disfrutado casi exclusivamente por elites masculinas, el necesario reequilibrio no vendrá de una historia del libro en femenino. Este enfoque no igualaría las cuentas, más bien generaría un resultado estéril y poco estimulante.

El cambio se puede producir al resituar en el centro de atención la subjetividad, la identidad corpórea que reclama ocuparse de una historia de relaciones en las que los términos de referencia hombre/mujer puedan asumir significados diferentes que se modifican -no son dados una vez para siempre-, sino que cambian, y adquieren, así, una dimensión histórica.

El enriquecimiento y ampliación del cuadro trazado hasta ahora de la historia del libro no reside en el hecho de incluir figuras femeninas, bien presentes en las diversas épocas históricas, sino en el deseo de reconstruir esta red de relaciones, contrastes y alianzas.

Pero, para dar espacio a los cuerpos, a las distintas materialidades hablantes es necesario abrir los ojos y buscarlos y observarlos en la escena de la historia, aunque una buena parte de las fuentes utilizadas hasta ahora y la lectura que de ellas se había realizado no han hecho más que consolidar la ausencia de las mujeres, restituyendo muda la subjetividad femenina y poco visible la masculina que no pertenecía a ambientes aristocráticos por cultura u origen.

Desde hace unos años, investigadoras de la cultura escrita, de la paleografía, de la biblioteconomía y de la bibliología han hecho emerger un gran número de lectoras y de libros destinados o dedicados a mujeres; se han observado y analizado las ideas y representaciones de la lectura femenina cercanas o distintas de las masculinas, se han documentado oficios relacionados con la lectura y escritura en los que aparecen mujeres y hombres, o en los que aparecen básicamente mujeres.

El mantener como vía principal la atención a los cuerpos, a la materialidad, a las prácticas cotidianas ofrece, como señala Tiziana Plebani, las coordenadas para rediseñar el panorama de las y los que vivían en el ámbito de la cultura, y para rediseñar también las dimensiones de la lectura y la escritura en la Edad Media y Edad Moderna.

Los lenguajes del cuerpo y, sobre todo, la oralidad son una riqueza y pueden permitir contestar algunas preguntas de historia del libro, al señalar la alteridad y no sólo la ausencia femenina; ausencia que muchas investigadoras han transformado en ausencia hablante. Las dimensiones de la lectura y de la escritura pueden indicarnos no sólo competencias y capacidades, sino también carencias para dar a conocer un uso diverso de los medios de comunicación y circulación de los textos existentes en un momento y lugar determinados, ello da cuenta de elecciones, preferencias, grandes o pequeñas necesidades y de diferentes valores simbólicos.

Tener presentes las diversas vías de creación y de circulación de los textos impide distorsionar el marco señalando un papel protagonista exclusivo a la lectora o lector individual, ampliando la concepción de "público" del libro y de los escenarios de la transmisión textual.

Estoy de acuerdo con Tiziana Plebani cuando señala que si se quieren rehacer o dibujar de nuevo los cuerpos y recomponer el público femenino del libro es necesario fijar la atención en las prácticas conectadas al libro, que en el caso de las mujeres están menos relacionadas con la propiedad o posesión del libro y con la lectura individual y solitaria, que con los espacios de lectura en alta voz, con las escenas colectivas de escucha y con las formas de circulación del libro y de lo escrito a través del préstamo y del cambio.

Las investigaciones realizadas sobre las lectoras, teniendo en cuenta estos parámetros y atendiendo a la realidad, ha empujado a otras investigadoras a profundizar en el camino iniciado, interrogando la corporeidad que entra en juego en las prácticas de lectura, mediante el análisis del mundo de la representación iconográfica. La lectura ha sido interpretada tradicionalmente como un consumo intelectual, oscureciendo su tradición en cada realidad concreta, en las posturas físicas, en el esfuerzo y/o en el placer que produce; no se ha tenido en cuenta que la lectura es un acto en el que participa todo el cuerpo y no sólo –como se señalaba tradicionalmente– son necesarias la

vista y la mente. La representación visual permite apreciar si es un acto que se practica con libertad o si constriñe a las y los que lo realizan, y hace emerger un ámbito rico de narraciones y también de estereotipos que afectan a las mujeres y a los hombres, a las niñas y a los niños.

La escritura completa la exploración de las posibilidades expresivas y de transmisión a disposición de las mujeres; pero, hasta hace bien poco, sólo algunas historiadoras e historiadores habían tomado en consideración la escritura literaria, la mayoría continuaba utilizando fuentes en las que la escritura pertenece, sobre todo, al campo de la comunicación.

Lectoras y lectores por trabajo o por placer y disfrute, jóvenes de ambos sexos estudiando, madres y padres amorosos e hijas e hijos instruidos, estudiosas, cortesanas, impresores e impresoras, pergamineros y papeleros, revendedoras y revendedores, regatones y regatonas, talleres de encuadernación, comitentes y bibliófilas, escribanas por obligación o por amor: estas y muchas otras son las imágenes y los cuerpos que aparecen entre las líneas de *Il «genere» dei libri. Storie e rappresentazioni della lettura al femminile e al maschile tra Medioevo e età moderna*. En los archivos de la Península Ibérica se conservan estas y otras tantas imágenes y cuerpos que esperan que los rescatemos del olvido.

El libro de Tiziana Plebani es un ejemplo de los frutos que podemos recoger si revisamos las fuentes sobre historia de la escritura y del libro –ya publicadas-, y/o si leemos las aún inéditas desde la diferencia sexual.

M^a Elisa Varela Rodríguez